

Cántico de Majestad

Infunde su claridad la benévola aurora. La alegría fresca de la mañana se desgrana ebria de vida bajo el firmamento.

La paz campestre vierte su silencio por el aire como sutil aroma; aunque los grillos aún no silencien sus coplas.

El día se alista en el paso de las horas.

Lento, aunque en constante marcha, el tiempo traza su trayectoria sobre el itinerario que acredita.

La mañana es una niña de piel pálida; el sol tiñe de oro su cabellera y vistiéndola de transparencias, la lleva en andas.

La naturaleza toda, converge en un fluir de vida que armoniza en elegantes vestiduras y el sol la decora con dorada corona.

Renueva su plenitud la madura naturaleza, su nirvana abarca hasta el firmamento.

Hebras de oro saturan el cúmulo de la atmósfera, mientras algarabía de pájaros danzantes, entre las ramas, liberan sus trinos y se protegen bajo las sombras.

Es medio día; la niña de piel pálida se transmuta en mujer resplandeciente. Expone juegos de seducción en sus faldas transparentes.

Sobre el aroma silvestre de las praderas, entrecruzan vuelos laberínticos las mariposas, dibujando coloridas trayectorias.

Zumbantes, aéreas, trabajan las abejas en vertiginosos viajes. Las hormigas, vía terrestre, lo hacen silenciosas en largos caminos bajo el follaje. Inquietas, pegajosas y abrumadoras, las moscas se manifiestan acosantes.

La cigarra en su estridente exclamación rompe el silencio.

El astro rey posado en el cenit, reina desde el firmamento. Lluvia, lluvia de luz cae vertical y se esconden las sombras.

Es medio día... es mediodía. Humedad y hastío. Sofocación, irritabilidad, fastidio.

La tarde se enciende entre calles de luz y ascuas imantadas de vivaces y fugitivos centellos.

Estalla la atmósfera candente y, es la distancia un espejismo de aguas estancadas.

Tras un viento repentino se avecina la tormenta. El cielo se asemeja a un tsunami, cuyas crestas de nebulosos y relucientes cúmulos, en desenfrenada marcha, tamborileante avanza.

Entre flechazos lumínicos y prepotentes truenos, en el suelo repercute su eco y, la tierra polvorienta, reseca y agrietada absorbe el aguacero que denodadamente descarga.

La atmósfera se torna calígine. La obscuridad despliega su velo.

Agua... agua cae pesadamente y, saturando el suelo, por desnivel se estanca.

Poco a poco, el meteoro se serena. La claridad resurge desde el cielo.

Asoma el sol entre nubarrones negros y, con sol llueve... llueve; latente está el sabor agridulce que condimenta la siesta.

En los árboles, cuyas hojas cuelgan pesadas, impregnadas de lluvia, destellan luces plateadas.

Opuesto al sol entrante, en el otro extremo del horizonte, el arcoíris maravillosamente despliega su gama de colores.

El crepúsculo, adolescente, competitivo y galán, en su turno de disfrutar, vistiendo su anochecido esmoquin, sale al encuentro de la noche y, deslizándose por el arcoíris, lo utiliza de tobogán oportuno.

La niña de piel pálida que se había trasmutado en mujer... luce su negro vestido de fiestas y, con lentejuelas de oro, lo hace deslumbrar.

Unidos en un encuentro romántico, se unifican en un beso estelar; mientras la taciturna, en su

preñez de luz, manifiesta el encanto de su sonrisa de nácar y, las titilantes luminarias decoran el cielo azulino, soñando su universo de paz.

¡Es mágica expresión!

La noche enseñoreada en aromas de azahares y floridos rosales, parece endulzarse en jazmines y tilos y, en su vestigio radiante, es admiración y heroísmo.

Silente noche campestre, dorados trigos, olores a manzanillas, henos y tierra mojada.

¡Sabores y frutos del noble suelo!

Nostalgias, reminiscencia de niño, travesuras de antaño...

Abrazo sempiterno; comunión latente; dicha inagotable...

¡Integridad... Emancipación... Celebridad...!

¡Magnificencia... Excelsitud... Dadivosidad...!

¡Alabanza... Majestad... Loas...!